

TOPOGRAFÍA DE LOS CAMINOS DEL ISLAM EN EL MEDITERRÁNEO

Steven Hutchinson

Universidad de Wisconsin–Madison

En estas páginas me propongo explorar los caminos del islam en el Mediterráneo a través de los cinco tratados de la *Topografía e historia general de Argel*, es decir, la *Topografía* misma que describe la ciudad, sus habitantes y *modus vivendi*, el igualmente magnífico *Epítome de los reyes de Argel* que narra la historia de los llamados “reyes” desde Aruch Barbarroja en 1516 y su hermano Jeredín hasta casi finales del XVI, y los tres diálogos, sobre la *Captividad*, los *Mártires* y los *Morabutos*. Son textos conocidos, desde luego, y ha habido buen número de estudios basados en distintos temas de los textos, pero creo que ofrecen detalles y perspectivas únicos no sólo sobre Argel sino sobre el Mediterráneo de su tiempo. Desde luego, en semejante mapa mediterráneo se podrían trazar otros muchos caminos desde otros textos de la época y estudios modernos, pero me parece que la *Topografía* como texto clave ya puede establecer varias rutas y sus coordenadas.

No voy a entrar en cuestiones de autoría, ya que se sabe desde hace bastantes décadas –en estudios de Astrana Marín (1949: v. 2: 468), George Camamis (1977: 95-107), Emilio Sola y José María Parreño (1990: 11-12), entre otros– que el presunto autor, fray Diego de Haedo, con motivos todavía un poco oscuros, ejerció más o menos de editor de la obra que por fin se publicó en 1612, unos 30 años después de que Antonio de Sosa escribiera los textos durante su cautiverio de 1577 a 1581. Los tratados mismos incluyen muchas referencias de unos a otros y al propio autor Sosa, quien es interlocutor en los tres diálogos, y nos sitúan constantemente en Argel mismo y en un presente de estos años, como por ejemplo cuando se habla del virrey Jafer Baxá: “Hasta hoy los ocho de marzo de 1581, que son ocho meses que reina y gobierna cuando esto se escribe, no se ha notado en él vicio o maldad alguna” (*Epítome*, cap. 22.1, 87r)¹. Las recientes investigaciones de María Antonia Garcés han revelado muchos datos sorprendentes sobre Sosa (2011: 41-78).

1. Cito por la edición príncipes de 1612, modernizando la puntuación y ortografía excepto cuando las grafías representan diferencias fonéticas.

Se podría objetar que los textos están comprometidos por las actitudes y valoraciones negativas del autor sobre el islam, sobre las distintas etnias y culturas que describe, y sobre África misma, y que un cautivo cristiano tan maltratado como él, encadenado durante años a una piedra, no podría representar adecuadamente lo que odia y lo que le oprime. Este clérigo, doctor en Teología, deja bastante claro cuáles son sus fobias, qué es lo que le repugna, qué le escandaliza, qué le parece absurdo o ridículo, y también vemos lo que admira, le fascina y le impresiona. Una vez que reconocemos sus muy evidentes limitaciones y aversiones, podemos apreciar la extraordinaria obra que ha producido, una obra perspicaz, panorámica y a la vez minuciosa que trasmina curiosidad intelectual. Por supuesto, en muchos momentos podemos preguntarnos si lo que dice es fiable. Pero no hay que poner en duda su oficio de cronista e incluso de etnógrafo, ya que recibe continuamente visitas de personas muy diversas, y como le dice a Amud, yerno de su amo e interlocutor en el *Diálogo de los morabutos*, “cuanto pasa en Argel sé, y aun lo escribo (como sabes) todo, día por día” (división 6, 204v). Nadie más nos ofrece nada parecido a la *Topografía e historia de Argel*.

Antes de abordar el tema de este ensayo, quiero esbozar un par de parámetros nada originales pero sí importantes, creo, para entender el mundo mediterráneo de los siglos XVI y XVII. Primero, por mucho que se hable en los textos de la época y en algún estudio moderno de una guerra religiosa entre el islam y el cristianismo en el Mediterráneo áureo, nunca hubo semejante guerra, ni en los momentos de grandes enfrentamientos militares ni en las épocas más marcadas por el corso. Esto no supone minimizar las múltiples manifestaciones de la religión durante esta época sino todo lo contrario, replantear la religión desde lo más ortodoxo hasta lo más popular e indiosincrático en sus correlaciones con sistemas políticos, comerciales, sociales y culturales, y así tomarla más en serio. Hubo incontables conversiones sobre todo del cristianismo al islam en el Magreb, pero relativamente poco proselitismo, y muchas veces hasta se les negaba a los cautivos cristianos el permiso para hacerse musulmanes, ya que valían más como cautivos cristianos que como *renegados*². En tierras cristianas aún fue menor el empeño en convertir a los esclavos musulmanes, y aunque se celebró la conversión de personajes importantes como León el Africano o don Felipe de África, parece que aquel, por ejemplo, volvió al islam cuando se le ofreció la oportunidad. El *jihād* del que habla el morisco al-Ḥajarī después de escapar a Marruecos consiste en debatir amistosamente con autoridades cristianas y judías sobre cuestiones de creencia. El mismo Sosa reconoce que los corsarios musulmanes no obedecen los preceptos del Profeta sino que justifican sus robos como perjuicio a cristianos: “Y dado caso que el Alcorán de Mahoma les defienda que ninguno ande en corso si no es para efeto de defender o aumentar su seta, no se tiene desto escrúpulo, porque dicen ellos que el hacer mal y daño a cristianos robándolos y disminuyendo sus bienes y riquezas es aumento

2. Véanse, por ejemplo, el impresionante documento reproducido como apéndice 5 en MARTÍNEZ TORRES (2004: 171-175); y la graciosa anécdota “D'un Français qui voulaît se faire turc et demeura chrétien malgré lui” en D'ARANDA (1997: 164-165).

de su ley” (*Topografía*, cap. 21, 16r). Los corsarios cristianos –pensemos en Alonso de Contreras entre otros muchos– tampoco se motivan por principios religiosos sino que, igual que los corsarios musulmanes, aprovechan al máximo las divisiones político-religiosas del Mediterráneo.

Segundo, como se ha señalado a menudo, el mundo mediterráneo estaba muy interconectado sobre todo entre unos cuantos núcleos, entre los que figuraban Estambul, Túnez, Argel, Fez y Marrakech, y por otro lado Lisboa, los puertos principales españoles, Marsella, Génova, Nápoles y Sicilia, Venecia y Malta. Por ejemplo, la guerra de las Alpujarras de 1568-1570 desencadenó una larga serie de acontecimientos no sólo en España sino en Chipre, Lepanto y Túnez y otros lugares, como reconoce el propio Antonio de Sosa. Para citar otro ejemplo, el respaldo otomano de ‘Abd-al-Malik, o Muley Maluch, yerno de Hajj Murad (o Agi Morato, como figura en Sosa y Cervantes), estableció vínculos entre Estambul y Marrakech a través de Argel y, por medio de una política muy compleja, condujo a la batalla de Alcazarquivir que a su vez impactó enormemente en el futuro de Marruecos y todo el Magreb, sin mencionar las consecuencias para Portugal y España. Argel actuaba como uno de los centros neurálgicos más importantes en estos procesos. Como corolario, podríamos añadir que la cuestión morisca (por llamarla de alguna manera) no puede entenderse adecuadamente como asunto exclusivamente nacional sin tener en cuenta su contexto mediterráneo, tanto en sus relaciones con *dar al-islam* como en la geopolítica de toda la región, como han demostrado Miquel de Epalza, Luis Bernabé Pons, Mercedes García-Arenal, Miguel Ángel de Bunes Ibarra y otros, y como también se plantea claramente en el *Quijote* y el *Persiles* de Cervantes, por ejemplo.

Entremos ya en el Argel representado por Antonio de Sosa, y empecemos con las interesantes cifras demográficas que nos proporciona a lo largo de muchos capítulos.

Cifras demográficas, Argel (*Topografía*) ca. 1580

	CASAS	PERSONAS
Casas grandes y pequeñas dentro de la muralla y circuito de Argel (sólo 25 de estas casas están fuera de la muralla)	12.200	
Turcos		
1. <i>de naturaleza</i> (=de Turquía)	1.600	
1a. genizaros solteros en alojamientos para ellos		1.500+
2. <i>de profesión</i> (=conversos al islam, <i>renegados</i> , <i>elches</i>)	6.000	
Moros		
1. <i>baldis</i> (autóctonos de la costa)	2.500	
2. <i>cabayles</i> que no son <i>azuagos</i>	600	
2a. (i) <i>azuagos</i> (subcategoría de los cabayles)	100	
2a. (ii) <i>azuagos</i> solteros en alojamientos públicos		500

	CASAS	PERSONAS
3. <i>alarbes</i> (nómadas, árabes, no viven en la ciudad)	–	–
4. de España (i.e., moriscos: <i>tagarinos</i> y <i>modéjares</i>)	1.000	
Judíos (oriundos de África, España, otros países europeos)	150	
Cristianos cautivos (“son esclavos y no pobladores o vecinos”)		25.000
Esclavos negros (hay muchos pero no se ofrecen cifras)		

Estos números, desde luego, son aproximaciones, pero nos dan una idea de la composición proporcional de la ciudad según categorías étnicas y religiosas. Y, en efecto, los números cuadran bastante bien: los números de casas que encontramos a lo largo de muchos capítulos se suman casi a la totalidad de casas que se indica al principio, 12.200 (cálculo que sólo faltan 250 casas, un 2 %). No parecen ser cifras caprichosas, y por lo tanto convendría tener en cuenta todo lo que suponen con respecto a la sumamente anómala demografía de aquel Argel.

De las dos medidas, casas y personas, la primera es la principal, y la segunda se usa para solteros de una categoría u otra, o para cautivos cristianos que para Sosa no son pobladores de la ciudad. En una sociedad tan idiosincrásica como la argelina en esa época, creo que fallarían todos los métodos convencionales que se usan para calcular una población a partir de un hipotético número medio de habitantes por casa. Por ejemplo, un factor muy inestable sería la irregular distribución de esclavos y esclavas, quienes también eran sin duda habitantes de Argel. Entre sus referencias a esclavas en particular, Sosa afirma:

“Suelen las [mujeres] principales, cuando así salen [a la calle], llevar consigo esclavas, tanto negras (de que suelen tener muchas y se venden a veinte o a veinticinco o a treinta escudos cada una) como blancas cristianas, de que también suele haber muchas. El número de las que llevan no es cierto, porque cada una, conforme a su calidad y riqueza, va acompañada. Algunas hay que llevan ocho, diez, otras seis, cuatro, dos. Mas ordinariamente no llevan más de una sola, hasta dos” (*Topografía*, cap. 32, 28r-v).

Las “casas” en Argel darían alojamiento no sólo a esclavos sino también a familiares, amantes, amigos, compatriotas, etc., y este número variaría también según las categorías étnico-religiosas de la ciudad. Cualquier intento de multiplicar casas por algún número medio de personas tendría un gran margen de error.

Quiero hacer algunas observaciones. Los turcos de ambas categorías –de profesión y de nación– constituyen una amplia mayoría de la población. Casi la mitad de todas las casas son de renegados, y el texto corrobora esta proporción: “Estos y sus hijos por sí solos son más que todos los otros vecinos moros y turcos y judíos de Argel” (*Topografía*, cap. 13, 10r), y aquí sigue la estrafalaria lista de renegados empezando con las regiones más remotas de Europa y acabando con “surianos y de Egipto, y aun abexinos del Prestejuán y indios de las Indias de Portugal, del Brasil y de Nueva España” –aunque sabemos que la gran mayoría de los renegados

venían de las tierras e islas cristianas del Mediterráneo—. El número es extraordinario, y no ha sido tenido en cuenta en muchos estudios que confunden el número de casas con personas, cifrando a los renegados simplemente en 6.000³. Para complicar más el asunto, se indica en la *Topografía* que “hay turcos y renegados que destos tales tienen diez, doce, quince y veinte y más renegados, a los cuales muchos llaman y tienen por hijos” (cap. 13, 9v). Sabemos también que renegados y renegadas se casaban entre sí, a veces provenientes de la misma tierra cristiana. No sólo eran muy numerosos los renegados sino que controlaban en gran parte, junto con los turcos de nación, el poder de Argel. Como dice el texto, “Estos tales renegados son después todos los principales enemigos que el nombre cristiano tiene, y en los cuales está casi todo el poder, dominio, gobierno y riqueza de Argel y de todo su reino (*Topografía*, cap. 13, 10r).

Esa palabra *después* (“son después todos los principales enemigos”) coloca a los renegados en segundo lugar de enemistad hacia el cristianismo después de los moriscos, de los que ha dicho el autor un par de páginas antes: “todos en general son los mayores y más crueles enemigos que los cristianos en Berbería tenemos, porque nunca jamás se hartan o se les quita el hambre grande y sed que tienen entrañable de la sangre cristiana” (cap. 11, 9r). El fascinante y muy citado pasaje inicial sobre los moros de España, subdivididos en *modéjares* y *tagarinos* según sus regiones de origen, acaba con la cifra de 1.000 casas, es decir, nada menos que un 8 % de la población de Argel, y esto unas tres décadas antes de la expulsión. En otra parte Sosa da la misma cifra para las casas de moriscos en el puerto argelino de Sargel (Cherchell), sin mencionar las otras ciudades argelinas donde también se asentaron. En un momento delicado del *Diálogo de los morabutos*, el amable renegado Amud dice que los moriscos en España han sido forzados a ser cristianos o por lo menos a fingirlo y por eso vienen a Argel, a lo que responde Sosa:

“Muy bien sé que vienen de allá infinitos cada día. Antes te quiero decir que dende el primer día que entré en este Argel tengo escrito con otras cosas el número de cuántos vinieron, y aun en qué mes, en qué semana, en qué día y hora vinieron, y cómo vinieron. Y confieso que son muy muchos los que traen las fregatas y bergantines desta tierra y de Sargel. Y particularmente los navíos de franceses, dándoles libre embarcación en Marsella y otras tierras de Francia [...]. Pero mienten como grandísimos bellacos en decir que los hacen por fuerza ser cristianos. Porque por todo quanto hay en el mundo, tal maldad no harán los cristianos, porque lo tienen por sacrilegio grandísimo y por ofensa incomparable contra Dios y prohibido y vedado por todas sus leyes, tanto humanas como divinas” (división 6, 206r).

Desgraciadamente, Sosa no mete esa valiosa información sobre autoexiliados moriscos en ninguno de los tratados de la *Topografía*, aunque, teniendo en cuenta sus hábitos de cronista, no dudo que la haya apuntado. Me parece que la emigración clandestina de moriscos durante el siglo XVI fue bastante más que un goteo y, como se sabe, había otros destinos importantes en el Magreb. Como hemos visto,

3. Entre los que sí han captado la magnitud de esta cifra están E. SOLA y J.F. DE LA PEÑA, quienes comentan algunas de las categorías étnico-religiosas en su interesante capítulo «Una nueva sociedad berberisca» (1995: 50-68), y M.A. GARCÉS (2009: 555).

Sosa señala su ruta de escape por Francia y desde allí a Argel en barcos franceses, pero también reconoce que vienen muchos en barcos corsarios (*Persiles* III, cap. 11). En el caso de los moriscos de Argel, su importancia superaba su peso numérico si tenemos en cuenta los muy variados oficios que ejercían, los barcos que construían y su papel clave tanto en el corso como en los ejércitos o *mabalas*, como tantas veces se refiere en el *Epítome de los reyes de Argel*. También imponían su peso moral, por decirlo así, al exigir un *quid pro quo* cuando parientes suyos fueron relajados por la Inquisición y ellos eligieron una víctima apropiada para quemar, siendo el caso más notable el del corsario morisco Alicax y el fraile valenciano Miguel de Aranda, historia contada en gran detalle por Sosa en el *Diálogo de los mártires* (179r-183r) y también incluida en *El trato de Argel* de Cervantes, y más tarde en *Los cautivos de Argel* de Lope. Junto con el corso morisco y sobre todo su participación en las razias en costas españolas, esto justifica por qué Sosa considera a los moriscos “los mayores y más crueles enemigos que los cristianos en Berbería tenemos”.

Por la clasificación de Sosa, los moriscos son la cuarta categoría de moros. La tercera son los *alarbes*, es decir nómadas árabes que vienen a comprar o vender o mendigar pero no viven en Argel. Sosa desprecia a este grupo más que ningún otro. A diferencia de los moriscos, que por lo menos “son todos estos blancos y bien proporcionados como aquellos que nacieron en España o proceden de allá”, “son todos estos alarbes y sus mujeres feísimos, mal agestados y de pocas carnes, muy pardos o morenos, y, sobre todo, en extremo puercos y muy sucios” (*Topografía*, cap. 11, 9r). Pero más que nada parece que les tiene manía por ser los descendientes de los que, en sus palabras, “conquistaron y arruinaron toda África” (*Topografía*, cap. 1, 2v), como explica a continuación:

“La venida de los alarbes causó tan grandes y tan estrañas mudanzas en África, España y en sus islas, y aun en otras muchas provincias y tierras, no sólo en las cosas de la religión y costumbres pero aun en las demás, que ni hubo reino o provincia [...], no ciudad, no pueblo, no monte, no río, no fuente, no árbol, no hierba, que no perdiese su acostumbrado nombre y fuese de nuevo por otro o a lo menos en algo diferente llamada; y aun esta peste dañó tanto a las mismas artes liberales y principalmente a la filosofía, astrología y medicina, las cuales, más que otras, profesaron algunos alarbes, que con cuanto hasta ahora han trabajado y trabajan de continuo los hombres dados por limpiar ese establo de angeos, no se han podido desterrar infinitos vocablos y nombres arábigos con que estas ciencias y profesiones están muy contaminadas” (*Topografía*, cap. 2, 3r).

Es curioso que este pasaje sobre los daños que hicieron los *alarbes* se centre mucho menos en la “religión y costumbres” que en el poder destructivo, pestífero y contaminador del idioma árabe. La afirmación es rara en un erudito que sabe varios idiomas con distintos alfabetos. Habría que añadir que en el *Diálogo de los morabutos* Amud le recuerda a Sosa que éste no sabe leer el Corán que tanto critica, y Sosa lo reconoce, rogándole que siga enseñándole el idioma. Pero volviendo a la composición étnica de Argel, para Sosa no cuentan los *alarbes* en la demografía argelina porque, al parecer, no tienen casas allí.

Las primeras dos categorías, los *baldis* y los *cabayles* (junto con la subcategoría de los *azuagos*), constituyen un 20 % y un 5 % de la población de Argel, respecti-

vamente. Llama mucho la atención que sumando estos dos grupos, los únicos que podemos considerar autóctonos, sólo tenemos una cuarta parte de los habitantes de Argel. Además, a diferencia de los moros de cualquier otra parte desde Marruecos hasta Túnez y los Gelves, en la obra de Sosa estos moros de Argel tienen muy poco protagonismo, dedicándose tranquilamente al comercio y a la agricultura.

A las categorías de Sosa he añadido una más, la de los esclavos negros, que, a diferencia de los cautivos cristianos, no figuran con ninguna cifra en la obra de Sosa, pero evidentemente eran muy numerosos. En un estudio sobre Argel y la esclavitud, Fatiha Loualichafirma que miles de esclavos negros llegaban cada año a Argel y otras ciudades del Magreb, la mayoría en caravanas habituales que cruzaban el Sahara, y calcula que alcanzaban la cifra de dos millones tanto en el siglo XVI como en el XVII (2008: 201-202). Eran esclavos domésticos, y por lo tanto formaban parte de las casas de sus amos. Sosa nos deja vislumbrar un aspecto de este tráfico de esclavos al contar la expedición en 1552 que hizo el séptimo rey de Argel, Sala Ruez, “muy cerca de la Zahara y Tierra de Negros”, porque un joven rey se negaba a pagar el acostumbrado tributo de treinta negras cada año. Sala Ruez capturó la ciudad, exigió que cuarenta mercaderes negros que no pudieron huir le dieran una fortuna en oro, y luego consiguió que el joven rey restituyera el tributo, e hizo lo mismo con otro rey más allá que debía quince negras al año (*Epítome*, cap. 7.1, 66r-v). Sosa indica en otro pasaje que había musulmanas entre las esclavas negras⁴.

Sin tener en cuenta, entonces, la importante presencia de esclavos europeos y subsaharianos, los habitantes alóctonos de Argel se sumarían a un asombroso 75 % según las cifras de Sosa, un porcentaje que aumentaría considerablemente más si se incluyeran estas dos categorías de esclavos. Este peculiar cosmopolitismo incluía a renegados sobre todo de tierras cristianas del Mediterráneo, turcos de “Romanía” (el lado europeo) y Anatolia, andaluces y judíos de origen europeo, para formar junto con los autóctonos una sociedad casi enteramente mediterránea de tres continentes, una sociedad casi enteramente musulmana del Magreb compuesta de gran número de ex cristianos de origen europeo. No es ninguna sorpresa que una sociedad así, con sus distintivos modos de comunicación, interacción y poder, se abriera al mundo mediterráneo y produjera un *modus vivendi* único y a la vez heterogéneo.

Todos estos detalles y datos demográficos nos permiten trazar rutas del islam en todas direcciones desde Argel, y desde todas direcciones hacia Argel, por mar y por tierra. Habría que añadir que las rutas del islam en el Mediterráneo, igual que las del cristianismo, eran principalmente comerciales y políticas, y con frecuencia más comerciales que políticas. Sosa dice de los mercaderes de Argel:

“Las boticas que estos tienen son muy muchas, y en públicos lugares y calles donde siempre tienen algún hijo, o a lo menos renegado, de que se fian, y ellos también se están de continuo en ellas asentados en cuclillas como mujeres; y en los dos socos, nuevo y viejo (do la mayor parte dellos tienen botica), habrá como 2.000 boticas. Habrá también de casas dellos en que viven por la ciudad (porque no usan vivir en las boticas) como 3.000” (*Topografía*, cap. 24, 19v).

4. “Las negras que son moras no pueden ser esclavas de judías” (*Topografía*, cap. 32, 28v).

Otro número sorprendente: una cuarta parte de todas las casas de Argel son de mercaderes, distribuidos sin duda entre varias de las categorías étnico-religiosas: muchos moros *baldis*, pocos *cabayles*, la mayoría de los judíos, y buen número de turcos de profesión y de nación, según indicios a lo largo de estos textos. Argel tenía sus dos zocos, pero era en sí un gran mercado cuya mercancía principal eran cautivos, lo cual no debe indignarnos demasiado si tenemos en cuenta los mercados de esclavos musulmanes en casi todos los puertos cristianos del Mediterráneo, como ya señalaba Fernand Braudel (1972: 867). En efecto, se vendía y compraba de todo. Un capítulo impresionante de la *Topografía* (24) ofrece todo lujo de detalles. Reconociendo el corso como lo que lo mueve todo, Sosa cuenta cómo llegan barcos mercantiles con salvoconducto sobre todo desde tierras cristianas, afirmando que:

“a ninguna parte de Barbaría acuden tantos bajeles cristianos como a la ciudad de Argel. Los bajeles que vienen de Inglaterra traen mucho hierro, plomo, estaño, cobre, peltre, pólvora y paños de toda suerte. Los de España, especialmente de Valencia o Cataluña, aljófar o perlas, olores, aguas destiladas, aceites adobados, olorosos, granas, barretes colorados, frazadas teñidas de grana, sal, vino y mucho escudo de oro y reales de a cuatro y a ocho, que es la más principal mercadería y de más ganancia” (19r).

Teniendo en cuenta la intensa hostilidad entre España y Argel, sorprende esta lista de mercancías tan fastuosas y fluidas que incluye las más preciadas monedas de España. Desde luego los mercaderes cristianos, como indica Sosa, “principalmente rescatan muchos esclavos” (*Topografía*, cap. 24, 19v). En este capítulo se mencionan barcos y mercancías de otros muchos lugares, entre ellos Marsella, Génova, Nápoles, Sicilia, Venecia, Constantinopla, Alejandría, además de lugares más cercanos como Sargel, Bona, Tremecén e incluso Orán, que ofrece “paños de España y barretes colorados” (*Topografía*, cap. 24, 19r).

Sosa comprende que la economía argelina depende en gran parte de la buena o mala suerte del corso. Cuenta en el *Diálogo de la captividad* cómo, poco después de que él fue capturado en la galera *San Pablo* de Malta en abril de 1577, los corsarios salieron otra vez en corso bajo el mando de Arnaut Mamí (el que había capturado a los hermanos Cervantes dos años antes), renegado albanés, quien

“salió amenazando todo poniente, islas y marinas de España, y siendo vueltos después de tres meses que anduvieron en corso por todos esos mares sin traer más que un pobre hombre pastor que tomaron en la isla de Ibiza, muy corridos y afrentados por les suceder lo que jamás otra vez acaeció, se morían generalmente todos en Argel de hambre, principalmente los arraeces, leventes y soldados” (*Diálogo de la captividad*, cap. 10, 116r).

El interlocutor Antonio González comenta que “en faltando galima (como ellos dicen) y no robando, no se pueden sustentar dos meses ni vivir, porque en efecto ese es su pan y sustentación cotidiana”. Los dos siguen hablando de los estragos que hacen los renegados y moriscos en las costas españolas y de otras partes, y cómo los renegados en particular traen “por las manos atados a sus propios padres, hermanos y parientes” y los venden o los vuelven moros (*Diálogo de la captividad*, cap. 10, 116v). En el *Építome* Sosa dice que durante todo el año de 1579 y 1580 murieron “en Argel como moscas infinitos moros y alarbes pobres por la gran hambre y falta de pan que había” (cap. 21.4, 86r), y que en 1582 Hasan Baxá

Veneciano, antiguo amo de Cervantes y ya rey de Argel por segunda vez, “hizo llamar a todos los arraeces de las galeotas y les dixo con mucha aspereza que ya se habían vuelto muy tímidos y descuidados en su oficio, pues no se preciaban del corso y robo por la mar y tierra como solían (excepto Morato Raez), y que él les enseñaría por lo de a venir cómo lo habían de exercitar” (cap. 23.1, 88v). En efecto este rey de Argel salió en corso con 22 galeras y capturó a más de mil personas.

Sosa afirma que había otro tipo de corso, por tierra. Aunque los genízaros siempre querían participar en el corso, los renegados consiguieron impedirselo durante la mayor parte del XVI, pero los genízaros encontraron un equivalente, como explica el texto:

“Pero muchos, y los más, huelgan de ir en las mahalas a garramar, que es, sin duda, para ellos una manera de rico corso y de robar por la tierra, porque demás de que comen siempre por do van de lo que toman y roban a los moros y alarbes, los desuellan, por fuerza les toman las mujeres, hijas e hijos, y con estos les dan infinitos palos y coces, y así al cabo de la jornada, cuando vuelven, los más dellos traen camellos y bestias cargadas de mucho trigo, miel, manteca, higos, dátiles y pasas [...]” (*Topografía*, cap. 19, 13r).

El *Epítome* en particular, enfocándose en los reyes, dedica mucho menos espacio al corso marítimo que a este corso terrestre y las campañas militares para subyugar a los reinos cercanos, además de grandes expediciones a Túnez y Fez. Evidentemente se trata de luchas político-militares entre musulmanes, pero que resultaban en esclavitud y grandes crueldades, de modo que el catálogo de crueldades de los argelinos hacia los cautivos cristianos que reúne Sosa en los *Diálogos de la captividad y de los mártires* también se evidencia en hostilidades entre musulmanes, sobre todo cuando se trataba de castigos por sedición o traición. Abunda la evidencia de que los turcos fueron objeto de gran resentimiento y odio en distintas partes. El rey de Labes, que había sufrido ataques de turcos antes de 1559, “en cogiendo a un turco vivo, el castigo que le daba era que le cortaba el miembro por medio, y atándole las manos atrás, le dexaba ir desangrándose hasta que, vaciada toda la sangre, sin remedio se caía muerto en el camino” (*Epítome*, cap. 12.3, 74r). El cadí de Herguela exhortaba a los moros de allí “a pelear contra los turcos, que el que mataba un turco ganaba tanto con Dios como si matara a un cristiano”. Cuando se enteró de esto el rey argelino Sala Raez, “al momento le mandó atar de pies y manos, y puesto desta manera en la boca de una de las piezas de artillería, dispararla y hacerle pedazos” (*Epítome*, cap. 7.1, 67r).

También cabe mencionar que a veces vemos a soldados moriscos y renegados combatiendo contra moriscos y renegados de otra parte, por ejemplo en las campañas contra Fez y Marrakech, ya que unos y otros formaban parte de los ejércitos de cada reino. Y por otra parte hubo diferentes usos de cautivos cristianos para las guerras del Magreb, como en este ejemplo: “Llevó también Sala Raez ochenta cristianos que escogió entre cuantos captivos tenía, todos hombres valientes y de fuerzas, a los cuales encomendó la artillería, diciendo que si la llevaban salva hasta Fez que él les prometía libertad, como después hizo” (*Epítome*, cap. 7.2, 68r).

Sosa ofrece un sinfín de datos que nos pueden asombrar y que desdibujan el maniqueísmo que él mismo intenta imponer mediante las dicotomías que todos reconocemos en textos procristianos y antiislámicos. No hace el más mínimo

intento de ocultar su gran admiración hacia por lo menos la mitad de los reyes de Argel, algunos simplemente por su justicia y caridad, otros por su gran valentía o sagacidad carisma, a veces a pesar de las crueldades y el pecado nefando que atribuye a muchos. Tal es el caso de Jeredín Barbarroja o Uchalí, pero también de reyes menos conocidos, por ejemplo Asan Aga:

“El tercero rey o gobernador de Argel fue Asan Aga, del cual ya antes diximos que era capón y renegado, de nación sardo. Este había el Cheredín o segundo Barbarroja tomado siendo mozo en la isla de Cerdeña, saqueando un casal; y como era de muy buen talle y hermoso, le hizo luego capón, que en turquesco se llama Aga, y le crio siempre en su casa como si fuera un propio hijo”.

A este le tocó defender Argel en 1541 contra el emperador Carlos V, “de gloriosa memoria”. Sosa cuenta el enfrentamiento desde el lado de Argel:

“Y si en algún caso, algún rey o gobernador se mostró animoso, sabio y prudente, él lo fue en esta guerra, viéndose cercado de un príncipe tan poderoso como el emperador Carlos Quinto [...] y él, con poco más de tres mil turcos (aunque tenía muchos andaluces y moros), no solamente no se conoció en el temor, mas cabalgando de continuo por la ciudad, que estaba toda desmayada, daba él solo esfuerzo y muy grande ánimo a todos”.

Cuando se le ofrecieron mercedes por entregar la ciudad:

“respondió donosamente, sonriéndose, que tenía por un gran necio aquel que de su enemigo tomase consejo, mas que él esperaba en Dios que la venida del emperador sería para con ella ganar un gran nombre y perpetua fama. Al tiempo que se trabaron algunas escaramuzas y principalmente en aquella de que hoy día hablan los turcos, cuando los caballeros de Malta hecho cuerpo rompieron una buena cantidad de turcos y llegaron hasta enclavar los puñales en la puerta de Babazón, el Asan Aga fue el que, acudiendo con gran priesa y peleando en un caballo, hizo retirar los caballeros. Y siguiendo tras ellos fuera de los muros, como media milla, mató más de ciento y cincuenta, y puso tan gran confusión en el campo que fue forzado a los duques de Alba y de Sesa salir con sus rodela y espadas a socorrer los caballeros, y el mismo emperador baxó también en persona de la montaña, do ya estaba alojado, a gran priesa: tan gran estrago iba haciendo el Asan Aga, peleando gravísimamente” [...].

[El día siguiente] El Asan Aga acompañó siempre a su gente, siguiendo, picando, matando y degollando los soldados y escuadrones cristianos hasta casi Matafuz, mostrándose en todo no como capón, mas como hombre entero y animoso. De la misma manera, ganándose entonces un tan rico despojo de tantos captivos, tantas ropas, tantos caballos y otras infinitas cosas de precio, fue el Asan Aga liberalísimo y magnánimo con todos, no tomando para sí un alfiler, y dexando todo liberalmente a quien lo había ganado, diciendo que sola la fama y honra de tan gran hecho a él le bastaba y sobraba” (*Epítome* 3.1-2, 62r-v).

Contando esta humillante derrota de las fuerzas de Carlos V y particularmente la matanza de gran número de caballeros de Malta, Sosa nos contagia con su infinita admiración hacia el Asan Aga, de modo que al leer cómo este ahuyenta y mata a los caballeros de Malta y se porta con tanta gracia e impecables virtudes, es difícil no identificarse con el enemigo y en efecto alegrarse por la humillante derrota de Carlos V. Baste este ejemplo entre otros muchos que asimismo a Sosa le inspiran admiración a pesar de las hostilidades políticas y religiosas que tan intensamente sentía el propio autor.

A lo largo de estos textos surgen detalles muy curiosos que alteran nuestra visión de los enfrentamientos del Mediterráneo. Habiendo mandado Jeredín Barbarroja a 600 cautivos cristianos a construir un muelle en Sargel, atacó Andrea Doria para liberar a los cautivos, prohibiendo que sus soldados saquearan la ciudad. En efecto liberaron a los cautivos pero se entregaron al pillaje durante toda la noche, dejando a los moriscos del lugar (“y no mala gente de guerra”), junto con artilleros turcos, atacar por la mañana, matar a muchos y capturar a 600 de ellos. Así Andrea Doria,

“viendo que no había remedio para los soldados se recoger, se alargó a la mar, quedando aún en tierra más de seiscientos soldados vivos, los cuales los turcos y moriscos capturaron en recompensa de los otros cristianos que perdieron. [...] Sabido esto por Barbarroja, si le fue gran pesar haber perdido buena parte de su chusma vieja con que armaba sus galeotas, fuele por otra parte de sumo contento la recompensa y daño que el príncipe recibiera” (*Epítome*, cap. 2.4, 57v-58r).

¿Cómo no reírse de esta historia de recompensas que con tanta gracia y tanto equilibrio se cuenta?

Terminaré con unos breves comentarios sobre cómo Sosa ve las prácticas del islam en Argel, y habría que reconocer de antemano que a menudo contempla el islam desde sus orígenes como una secta diabólica. Según los diversos habitantes musulmanes de la ciudad, el islam se practica de formas distintas. Los *baldis* y *cabayles* parecen los más normales, y al parecer son ellos a quienes alaba Sosa por su tranquila y respetuosa religiosidad (a diferencia de muchos malos cristianos) en el capítulo sobre las virtudes en Argel (*Topografía*, cap. 37). Como hemos visto, a los moriscos les representa como muy vengativos hacia el cristianismo y sobre todo hacia España. A los turcos de nación, dentro de su variedad no les suele retratar como religiosamente devotos sino como borrachos, promiscuos y arrogantes. Hasta describe las actividades religiosas rutinarias de las mujeres (*Topografía*, cap. 32), además de comentar en otros pasajes su marginación del Corán, de las mezquitas y del paraíso. A quienes más antipatía tiene Sosa es a los morabutos, a través de los cuales ataca al islam con más vehemencia, al mismo tiempo que ve a muchos de ellos como santones espontáneos sin formación coránica y muy alejados de los preceptos del islam. Abordar este tema sería entrar en un laberinto más allá de los parámetros de este ensayo.

Las continuas representaciones que hace Sosa de los renegados dejan claro que no les ve ni como cristianos ni como moros, como también se puede ver en otros muchos escritores de la época. El ejemplo que más a mano tiene es su propio amo, el Alcaide de Mahamet, a quien retrata Antonio González de Torres, el interlocutor de Sosa, al inicio del *Diálogo de la captividad*, caracterizándole de tirano, inhumano, cruel bárbaro, etc. Como explica, “este Alcaide Mahamet, el judío su patrón, a ningún Dios reconoce, ni teme, ni adora; ni es moro o turco, ni judío, ni cristiano”. Ya siendo hombre en Marruecos, dijo que quería convertirse del judaísmo al islam en Jerusalén nada menos, luego fue capturado por Cigala y vivió 15 años como cristiano “con tanta hipocresía y disimulación que (como él mismo lo cuenta con grande risa) le tenían por un santo”, antes de escapar con la plata de su amo a Venecia y luego a Constantinopla, “no a volverse otra vez moro o turco, mas a vestirse

solamente del pellejo y semejanza de moro, porque jamás hombre le ha visto entrar en mezquita de moros, ni hacer oración o cerimonias de moros, o oler algo que sea de moro”. Y sigue: “Y también creo ahora lo que todos dicen de su vida y costumbres más que gentílicas, porque dicen comúnmente que no es otra sino ocuparse días y noches en revolver moneda, contar moneda, pesar moneda, trafagar moneda, atesorar moneda y hundir oro, plata, alquimia y hacer a escondidas falsa moneda”. En fin, este renegado reincidente parece ser casi el emblema de Argel para Sosa, un ateo que no tiene ley, que ni es judío ni cristiano ni moro, un “monstruo en todas sus acciones y costumbres” (cap. 1, 97r). Para el autor cautivo y su amigo (caballero de Malta, por cierto, cuyo amo es el famoso renegado español Morat Arráez Maltrapillo), este hombre sin Dios ni ley encarna más que nadie la idiosincrasia de Argel. Mucho peor que tener una ley contraria es no tener ninguna. Esta ciudad, tan paradisíaca en su clima y fertilidad y jardines, tan variada en sus gentes y lenguas y monedas, tan rica en sus buenos momentos que se le compara con las Indias de España y Portugal, es para Sosa la sede del mal aunque él mismo se deja fascinar, y si bien se practican las tres religiones abrahámicas con dominio del islam, la religión que parece prevalecer es el vacío representado por los renegados, cuyo dios, según Sosa, será el dinero.

BIBLIOGRAFÍA

- ASTRANA MARÍN, L. (1949-1952), *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, 7 vols., Madrid, Instituto Editorial Reus.
- BERNABÉ PONS, L.F. (2006), «Las emigraciones moriscas al Magreb: balance bibliográfico y perspectivas», *Relaciones hispano-marroquíes: una vecindad en construcción*, ed. A.I. CONTRERAS y F. RAMOS, Madrid, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, pp. 63-100.
- BERNABÉ PONS, L.F. (2008), «Notas sobre la cohesión de la comunidad morisca más allá de su expulsión de España», *Al-Qantara*, 39.2, pp. 307-332.
- BERNABÉ PONS, L.F. (2009), «El exilio morisco. Las líneas maestras de una diáspora», *Revista de Historia Moderna*, 27, pp. 277-294.
- BRAUDEL, F. (1972), *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, Trad. (al inglés) Siân Reynolds, 2 vols., London, Harper & Row.
- BUNES IBARRA, M.Á. de (2002), «Los otomanos y los moriscos en el universo mental de la España de la Edad Moderna», *Europa e islam tra i secoli XIV e XVI / Europe and Islam between 14th and 16th Centuries*, ed. M. BERNARDINI, C. BORRELLI, A. CERBO y E. SÁNCHEZ GARCÍA, 2 vols., Napoli, Istituto Universitario Orientale, vol. 2, pp. 685-708.
- CAMAMIS, G. (1977), *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*, Madrid, Gredos.
- CERVANTES SAAVEDRA, M. de (1997), *El trato de Argel, La Gran Sultana, El gallardo español, Los baños de Argel. Obras completas*, ed. F. SEVILLA y A. REY HAZAS, Alcalá, Centro de Estudios Cervantinos, 1997.
- CERVANTES SAAVEDRA, M. de (1998), *Don Quijote de la Mancha*, ed. F. RICO, 2.^a ed., Barcelona, Crítica.

- CERVANTES SAAVEDRA, M. de (2002), *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. Carlos ROMERO MUÑOZ, 2.^a ed., Madrid, Cátedra.
- CONTRERAS, A. de, *Discurso de mi vida*, http://users.ipfw.edu/jeble/cervante/othertxts/Suarez_Figaredo_VidaContreras.pdf
- D'ARANDA, E. (1997), *Les captifs d'Alger*, ed. Latifa Z'RARI, Paris, Éditions Jean-Paul Rocher.
- EPALZA, M. de (1992), *Los moriscos antes y después de la expulsión*, Madrid, MAPFRE.
- GARCÉS, M.A. (2009), «“Grande amigo mío”: Cervantes y los renegados», *USA Cervantes: 39 cervantistas en Estados Unidos*, ed. G. DOPICO BLACK y F. LAYNA RANZ, Madrid, Polifemo/CSIC, pp. 545-582.
- GARCÉS, M.A. (2011), Introducción a *An Early Modern Dialogue with Islam: Antonio de Sosa's «Topography of Algiers»*, trad. D. DE ARMAS WILSON, Notre Dame (Indiana), University of Notre Dame Press, pp. 1-78.
- GARCÍA-ARENAL, M. (2003), *La diaspora des Andalouisiens*, trad. A.-M. LAPILLONNE, Aix-en-Provence, Édisud.
- HAEDO, FRAY D. de, véase SOSA, A. de
- HUTCHINSON, S. (2012), «The Morisco Problem in its Mediterranean Dimension», *The Conversos and Moriscos in Late Medieval Spain and Beyond*, ed. K. INGRAM, Leiden & Boston, Brill, pp. 187-202.
- IBN QĀSIM AL-ĤAJARĪ, A. (1997), *Kitāb nāṣir al-dīn'ala'l-qawm al-kāfirin (The Supporter of Religion Against the Infidels)*, trad. y ed. P. S. VAN KONINGSVELD, Q. AL-SAMARRAI y G.A. WIEGERS, Madrid, CSIC.
- LOUALICH, F. (2008), «Emancipated Female Slaves in Algiers: Marriage, Property and Social Advancement in the Seventeenth and Eighteenth Centuries», *Subalterns and Social Protest: History from Below in the Middle East and North Africa*, ed. S. CRONIN, New York, Routledge, pp. 200-2009.
- MARTÍNEZ TORRES, J.A. (2004), *Prisioneros de los infieles. Vida y rescate de los cautivos cristianos en el Mediterráneo musulmán (siglos XVI-XVII)*, Barcelona, Ediciones Bellaterra.
- OLIVER ASÍN, J. (2008), *Vida de don Felipe de África, príncipe de Fez y Marruecos (1566-1621)*, ed. M.Á. DE BUNES IBARRA y B. ALONSO ACERO, Granada, Universidad de Granada.
- SOLA, E. y PARREÑO, J.M., eds. (1990), Introducción al *Diálogo de los mártires de Argel*, de A. DE SOSA, Madrid, Hiperión.
- SOLA, E. y PEÑA, J.F. de la (1995), *Cervantes y la Berbería. Cervantes, mundo turco-berberisco y servicios secretos en la época de Felipe II*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- SOSA, A. de (1612), *Topografía e historia general de Argel, repartida en cinco tratados, do se verán casos estraños, muertes espantosas y tormentos exquisitos que conviene que se entiendan en la Cristiandad, con mucha doctrina y elegancia curiosa* [publicada bajo el nombre de su editor fray Diego DE HAEDO, la obra incluye cinco tratados: *Topografía o descripción de Argel y sus habitadores y costumbres*, *Epítome de los reyes de Argel*, *Diálogo de la captividad de Argel*, *Diálogo de los mártires de Argel*, *Diálogo de los morabutos de turcos y moros*], Valladolid, Diego Fernández de Córdova y Oviedo.

STEVEN HUTCHINSON

VEGA, L. de (1647), *Los cautivos de Argel, Parte veinticinco perfecta y verdadera de las Comedias del Fenix de España Frey Lope Félix de Vega Carpio*, Zaragoza, viuda de Pedro Verges, pp. 231-278.